Co 4063 (5)

Discurso prentoido en el solemne acto del egercicio del Doctoroido de Medicina, por el Licencioido D. Miguel Piles y Morin.

b18624029

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

5316697836

Ilmo. Sr.

Llegado el dia para dirigiros
mi voz en tan imponente acto,
estimaré que el sábio Tribunal y
el ilustrado público dispensarán
la indulgencia necesaria; al que
falto de todas las dotes, y con débiles
fuerzas, se atreve á ascender á esta
Tribuna, con vacilante planta y
apocado ánimo.

Vivo está aun el recuerdo de
magníficos discursos que hán resona
do en este augusto recinto por los
encargados de tan imponente cere

monia, en que la belleza de la dicción, y la mágia del estilo, se armonizaban con la elevacion de los conceptos, la riqueza de erudicion y la importancia del asunto; así que al ocupar hoy este puesto, solo deseo que se tenga en cuenta mis esfuerzos, diciendoos: "hé hecho lo que hé podido."

Uno de los síntomas mas notables de nuestros tiempos, es la creciente popularidad de las ciencias.

No hablo solamente de la admiracion que inspiran sus fecundos descubrimientos, ni del reconocimiento que se les debe como pré-

mio de sus servicios, cada dia mas importantes y numerosos: en la popularidad de que yo hablo, entran sentimientos mas delicados, de mayor desinterés, un amór espontáneo por las verdades científicas, y el deseo de aumentar el fondo de ideas, á que podria llamarse el capital intelectual de la Civilizacion.

Unos despues de otros, los grandes espíritus acometidos de la fiebre moderna, hán venido á sacrificar á las Ciencias. Algunos, á la edad en que se debe reposar en la gloria, se hán puesto á aprender: despues de habér recorrido largo tiempo y en todos sentidos el dominio de la ima-

ginacion y de las pasiones, hán entrado en el reino siempre vírgen de la naturaleza, esplorándolo todo con un ardór juvenil, y como admirados de habér por tanto tiempo ignorado y desconocido tantas maravillas.

No seré yo de los que teman ó rechacen estas escursiones un poco aventureras, sobre el terreno de la observación y de la experiencia. La ciencia es invulnerable: y si ella desdeña los golpes de sus enemigos, ¿por qué habrá de temér las caricias apasionadas? Aunque desnuda como la verdad, sus nobles formas estarán todavia

visibles bajo el ligero manto de púr-
-pura que la imaginacion arroja
sobre sus hombros.

La crítica tambien há tendido
la mano á la ciencia, demandán
-dole luces nuevas; há consultado
la geologia, el estudio de las razas
humanas, la geografia física, así
como tambien la historia y la fi-
-lologia. Abiertas las grandes puer-
-tas del Panteon literario á la Fisio
-logia y á la Etnografia, estos visi-
-tadores nuevos, quizá se hayan a-
-trevido alguna vez á poner teme-
-rariamente las manos sobre las
glorias mas respetadas. La filoso-
-fia misma, despues de estár largo

tiempo encerrada sin salida en el círculo de una metafísica estre-cha, lo abandona al fin, y se fa-miliariza con los descubrimientos, y aun con la tecnología de la Físi-ca, de la Química y de la Medici-na. Ella há querido tocar con sus propias manos esas temibles armas, tantas veces esgrimidas contra la metafísica, y há podi-do asegurarse que no se encontra-ba sin algunos defectos. En los escritos de Janet, Vacherot, Tissot y otros mas, la filosofía no abdi-ca sus pretensiones, conservándose fiel á sus creencias, pero se ins-truye para defenderse mejor.

Ella sale en fin de la murada
ciudadela donde corria riesgo de
ser reducida por el hambre y la sed,
y hace fructuosas inursiones so-
-bre el terreno de sus enemigos. ¿Mas
para que hablar de enemigos?¿ Que
espiritu noble consentira en admi-
-tir, que existe una hostilidad nece
-saria, un antagonismo, entre la
enseñanza de la filosofia y de las
ciencias positivas? Ambas miran
al mismo objeto; su punto de vista
solo es distinto. ¿No existen, ni dos
verdades, ni dos metodos para des-
-cubrir la verdad. La especulacion
mental, no es mas que una forma
particular de la observacion, por que

la lógica no engendra nada, ni crea la idea: solo la descubre y la deja ver. El hombre encuentra en si mismo y en el mundo las ideas del infinito, del tiempo, del espacio, de la fuerza, como el mineralogista encuentra los metales en un mineral. La metafisica asocia las abstracciones, como el químico los cuerpos simples. Razonar, en una palabra, es observar las ideas.

Por otra parte, la observacion de los hechos y la científica, no tiene otro objeto que el descubrimiento de leyes generales, es decir, de funciones ideales, que unen los diversos elementos del mundo feno-

—menál. Marcha al azár, y se con—
—dena á la esterilidad, cuando no se
ilumina por algun gran pensamien
—to.

¿A que servirá el acumular, el
provocár las esperiencias, si no deben
reunirse en una vasta síntesis?
¿Que serian las clasificaciones si
un pensamiento general no traza
los cuadros? Lo que el sábio busca
en las maniobras de los laboratorios,
sobre la losa fria del anfiteatro, sobre
las ojas de las plantas en los jardines
zoológicos, son ideas; en todo lo que
vé, lo que toca ó siente, en todo lo que
le rodea, en los espectáculos de un
mundo impasible, como en las agi—

taciones apasionadas de su propia naturaleza, busca un sentido, una razón. Delante del pensamiento científico, es necesario que el mundo se idealize, y tome, por decirlo así, un alma. Cuando há recorrido todos los caminos de una ciencia particular, el espiritu sale enriquecido de algunas leyes que debe llevar en atributo á la ciencia de las ciencias humanas, á la Filosofia.

Toda idea general, toda formula comprensiva y fecunda, pertenece de derecho á esta última.

Mostrar la necesidad de los estudios históricos en medicina

y las relaciones de esta Ciencia con la Filosofia, tál es el objeto que me propongo demostrar.

Nunca los estudios históricos hán gozado de un favor mas marcado que en nuestra época; nunca la necesidad de un estudió de la historia de la medicina, se há hecho sentir mejor.

A las teorias exclusivas que hán reinado largo tiempo despóticamente en la ciencia, há sucedido el reino de los métodos filosoficos, que tiénen por base una observacion escrupulosa, una induccion severa. Empieza á conocerse generalmente que solo demostrando la perpetuidad

de los dogmas fundamentales de la medicina á través de sus diversas trasformaciones, es como se imprimirá á esta ciencia un carácter de certidumbre y autoridad que no le darán jamás los sistemas que pasan. Buscár estos principios fundamentales, tal es el objeto mas elevado que nos podiamos proponer. Toda la filosofia médica consiste en esto.

Dejemos á esos orgullosos dogmáticos, que se imaginan que la ciencia es nacida con ellos, en su desdén por la tradición.

Sepamos guardarnos contra esos falsos espiritus de progreso,

que bajo pretesto de marchár adelan-
te, quieren destrozar todas las ideas
formadas la víspera.

¿El estado presente de la ciencia
no se relaciona con el pasado.? ¿No
es á la trasmision de las ideas y de
los hechos por la ciencia, á quien se
puede aplicár el pensamiento de Pas-
cal, asimilando la humanidad á
un solo hombre, que se desenvuelve de
edad en edad por la sucesiva adqui-
sicion de descubrimientos, resultados
de una continuidad de progresos an-
teriores, y por lo cuál decia, que los an-
tigüos eran los modernos, y nosotros
los antigüos.? Si nuestro siglo há
dado pasos agigantados en el estudio

de la naturaleza muerta; ! Quienes mas sábios que los antiguos en el arte de observár la naturaleza viva. ! ¿ Que leccion mas elocuente por otra parte, que el cuadro de las aberraciones en las que hán caido infinidad de hombres superiores, por habér desconocido el verdadero método, es decir, la aplicacion de las leyes de nuestra inteligencia, al examen del hombre sano y enfermo. ? ¿ Que estudio mas propio á enseñarnos la tolerancia científica, y á preservarnos del entusiasmo inflexivo y de la prevencion exagerada. ?

Ay decimos esto, por que la importancia de los estudios históricos en medicina, están lejos de ser la misma para todos.

Dos grandes opiniones dividen el mundo médico desde la antigüedad hasta nuestros dias. Ellas se encuentran en el fondo de todas las escuelas que hán aparecido sobre la escena. Segun una, el organismo, especie de microcosmo ordenado por una série de actos autónomos, guarda en su seno las fuerzas necesarias á su desenvolvimiento; fuerzas independientes de las que rigen el universo.

Los médios por los cuales completa el hombre su vida, no están

sino en las condiciones de su con-
-servación, y no de los elementos que
constituyen su ser. Tál es el fondo
de todas las teorias dinámicas, en
las que se proclaman la autonomia
de las fuerzas vitales, sea cualquie
-ra el nombre que se las dé, yá se
las relacione, como en el hipocrá
-tismo, á un principio general, rei
-nando sobre todos los órganos y
funciones, ó yá se les consideren
como inherentes á la fibra vivi
-ente, con el nombre de propiedades
vitales. Para comprender la sig-
-nificación de tan oscuros fenóme
-nos, deduciendo conclusiones rigo-
-rosas, y haciendo entrar sus

anomalías aparentes en las leyes regu-
lares, es necesario estudiar largo tiem-
po, notando sus diferentes aspectos,
distinguiendo lo que no es inherente
á su esencia propia; en una pá-
labra, variando la observación als
infinito. Y como para dicho trabajo
se necesita el concurso de los grandes
observadores de todos los siglos, á los
ojos de los adeptos de las doctrinas vi-
talistas, la historia está llena de ense-
ñanzas. Es para estos, sobre todos,
para quienes la medicina es la obra
del tiempo, y por consiguiente la
obra de todos.

No sucede así en el campo
opuesto. Aquí el organismo no es

mas que una agregación de mó-
léculas en comunion perpétua con
las fuerzas de la naturaleza, pu-
diendo prestarse á todas las modi-
ficaciones que se le imprimen
por una suerte de receptividad ó
de capacidad, sustituida á las
autocracia de la fuerza vital. De
aquí las doctrinas físicas, quími-
cas y anatómicas, que comprob-
do la autonomía de los hechos
fisiologicos y de los físicos, tienden
á absorver los primeros en los se-
gundos, y no entrevén ningun
progreso posible para el arte de
curar, que en el perfeccionamiento
de este órden de estudios. Por esto

las ciencias físicas no admiten el pasado, y solo en el estado actual de nuestros conocimientos apoyan los elementos de su dogmatismo. Bajo este punto de vista, la tradicion ni los trabajos de erudicion, sirven mas que para entretener algunos espiritus especulativos. Esta es la opinión de muchos.

Descartes, no contento con la filosofia de su tiempo, se puso á filosofar, como si nadie lo hubiera hecho antes que él; y Bichat, si bien no asimilaba las manifestaciones complexas de la vida, á esos fenómenos fijos, simples, limitados y reproducibles á voluntad, á los que

nos hacen asistir las ciencias físico-químicas, el gran fisiólogo no manifiesta deseo de anudar la cadena de las tradiciones, y para él, la ciencia no se continua, sino que empieza de nuevo. A estos pueden unirse también los llamados prácticos, cuya inmensa mayoria se contentan solo con esa observación vulgár, que no alcanza á observár mas que la superficie de las cosas, pareciendose al ignorante que recorriera todas las naciones del mundo, por los continentes y mares, bajo los trópicos y cerca de los polos, por el vértice de las montañas, y á través de las llanuras, el cual sabria menos sobre la geogra-

-fia y forma de nuestro planeta que el escolár habituado á manejar un globo terrestre.

Es sin duda alguna de una gran importancia la práctica, es decir, la utilidad en la aplicacion de la ciencia á las cosas de la vida, sin la que, como observa juiciosamente Galeno, no es posible el arte. El fin mismo de la medicina es la adquisición de un resultado concreto en vista del bien comun. Nosotros sabemos esto, pero nos guardaremos bien de olvidár, que sin los principios de una ciencia superior y general, sin las doctrinas que se resumen en una teoria, el arte

se empequeñece, se degrada, y cae al fin en el envilecimiento.

La práctica, tal como la entienden algunos, es no sé que de vulgar y de mezquino, que estrecha el espíritu y le ata á una pesada cadena, falsamente esmaltada con el nombre de observacion, y que no es en definitiva, sino inmovilidad, ausencia, paralisis ó muerte del pensamiento, pura mecánica ó grosero automatismo, fruto del hábito adquirido por la repeticion de los mismos actos. Segun el dicho de Bacón, es poner hierro á las alas del espíritu, el cuál no

pudiendo volár, se arrastra y hu-
-milla. Se necesita todo el poder
del genio para remontarse y arro-
-jar lo que le és incómodo. Clavados
en tierra como las estátuas inmió-
-viles del antigüo Egipto aprisiona-
-das en su envoltura, los adeptos
de la práctica no vén mas que lo
que se encuentra á sus piés; su vis-
-ta no abraza mas horizonte; ellos
no miran ni delante ni detrás.
Ignorantes del pasado, indiferen-
-tes del porvenir, no saben ni adon-
-de ván ni de donde vienen, y no se
inquietan del fin ni del punto de
partida. Fixados en el presente,
no avanzan y se hunden cada vez

mas en la nada, porque propia-
mente es la nada la que los invade,
la que los envuelve por todas par-
tes. Su estado no puede comparar-
se al reposo que sigue á la agita-
cion; no es la calma despues de la
borrasca, es el mar Muerto con sus
aguas dormidas y sus riberas desier-
tas. Sin pretender jurgár en úl-
timo estremo este gran debate, me
limitaré á establecer que no en es-
tas doctrinas es en donde puede
encontrarse la solucion del proble-
ma sobre la identidad ó no iden-
tidad de las fuerzas cósmicas y bió-
ticas. Es necesario no olvidar que por
un lado los conocimientos á los que

pedimos datos fijos, están ellos mismos
llenos de nuevas revoluciones que podrán
hacer cambiár completamente las bases,
y que por otro, tratándose de una cien-
cia donde el sugeto, ó sea el hombre
Sano y enfermo, recive una marca
tan profunda de los tiempos, de los
lugares, de la civilización, las solucio-
nes no pueden sacarse sino lentamen
te de la comparación múltiple de los
hechos. ¿Que concluir de esto.? Que
tomando la medicina desde el pun-
to hasta donde la há llevado el
progreso de las ciencias físicas, y
admitiendo, bajo reserva, la legiti-
midad de las esperanzas que pue-
den concebirse, hay todavia que

recorrer una larga via, bajo el punto de vista histórico, pero sin separarlo del elemento filosó-fico. Negár esto, seria pretender que en una ciencia donde todas las partes son solidarias las unas de las otras, nos podriamos conten-tar con esa crítica fragmentaria de los hechos, que no deja percibir-los mas que por un lado; que no hay ningun principio, ninguna ley que deducir de la experiencia generalizada, ninguna utilidad en luchar contra ese individua-lismo escesivo de nuestra época, tan favorable al esparcimiento de las ideas, y que pone, como

se há dicho ya, á las opiniones pár-
ticulares, en lugar de las doctrinas.
Esto seria negar la necesidad de
formár el inventario de las cosas
adquiridas, separándolas de los
errores con los que se encuentran
mezcladas; de remontarnos al origen
de nuestros descubrimientos; de indi-
car las fases sucesivas por las que
ellos hán pasado, la filiacion de
las ideas, de los hechos, de las esperien-
cias y los procederes lógicos, á los que
se debe pedir su desenvolvimiento
ulterior.

En cuanto á nosotros, creemos
en la utilidad de la historia, porque
ninguna fuerza de concepcion indi-

-vidual vale lo que las fuerzas colec-
-tivas de un número infinito de in-
-tetigencias. Nosotros creemos en la
utilidad de la historia, por que
tenemos desconfianza en nosotros
mismos; no queremos arriesgar-
-nos á hacér lo que yá haya sido
hecho, ni tomar nuestro horizonte
por los límites del espíritu humano,
poniéndonos en guarda contra esos
sucesos de mala ley, esas concepcio-
-nes sin mañana, á las que en
nuestro entusiasmo por la nove-
-dad, nos inclinariamos quizá á
darles un título de gloria.

Mas para que del estudio de
la historia de la medicina se saque

el debido fruto, es necesario que esta se ocupe de los hechos y de las teorias. Por lo que respecta á los hechos, debe mostrár su origen, sus verdaderos caracteres, sus relaciones y sus consecuencias. En cuanto á las teorias, debe remontarse á sus causas ó leyes de su desenvolvimiento; apreciar su valór absoluto y relativo, comparándolas á las doctrinas anteriores, contemporáneas y posteriores; señalar la influencia que hán tenido sobre la marcha de la ciencia; hacér conocer, en una palabra, el movimiento de donde hán salido las grandes escuelas que se hán sucedido; lo que hán hecho; como lo hán hecho, y lo

que hán dejado por hacer. Sus condiciones internas deben ser la erudicion, la filologia, la bibliografia y la crítica. Sus condiciones externas, el estudio de las influencias egercidas por el clima, la civilizacion, las instituciones, los grandes hombres, y los grandes descubrimientos, para la ciencia en general, y para la filosofia en particular, y todas las causas que, obrando sobre la medicina, tienden á imprimirle caracteres diferentes, acelerando ó retardando sus progresos.

Poseer todos estos materiales, no es tener todavia una historia

de la medicina; es necesario coördinar-
los, y relacionar los unos con los
otros, dándoles el órden mas conveniente en su disposicion.

Este órden es, como para la filosofía lógico ó cronológico.

El primero consiste en coördinar los hechos y las teorias por órden de materias, estudiándolos bajo los diferentes aspectos en que se los pueda considerar. Este órden es aplicable á la historia particular de una escuela, mas especialmente, de una secta ó de un sistema.

El segundo, el solo que se puede aplicar á la historia general de la medicina, no debe ser mirado como

arbitrario. Las fechas tienen un sentido verdaderamente lógico. Los hechos y las teorias no se producen al azár, sino que se encadenan en una filiacion necesaria. Pero aun- que relacionando la série de los he- chos á la marcha del tiempo, la historia de la medicina no debe encerrarse en el estrecho horizonte de una clasificación cronológica. Es preciso que reanudando con ar- te el método, y suprimiendo cuan- do fuera necesario los hechos inter- medios, relacione el pensamiento de un siglo con el de otro, y deduz- ca de las diferentes fases de la ciencia, las leyes de su desenvol-

-viniento ulterior.

Pero si inquirimos á que procederes generales el espíritu humano puede haber recurrido para alcanzar en materia de ciencia la verdad en los diferentes objetos de sus pesquisas, veremos que, rigorosamente hablando, no hay mas que dos: el empirismo y el racionalismo. En cuanto al escepticismo, es mas bien la negacion de toda ciencia, que un método científico. En fin, si no mencionamos el eclecticismo, es porque el no inventa nada, no siendo mas que el resultado de los otros métodos.

Cuando se aplican estos principios generales á la historia de la

medicina, se les encuentra en una conformidad completa con los procederes y con la marcha de esta ciencia. Se vé primero al espiritismo ateniendose á la observacion sensible, y la exageracion del cuál conduce al escepticismo: despues al dogmatismo que se apoya en el razonamiento, y en que el abuso conduce al idealismo médico.

La mas simple observacion demuestra que tal es la marcha natural del espiritu humano en materias científicas, y que no le es dado seguir otra, sin separarse de las leyes que le hán

sido trazadas por el Ser Supremo.

Sujeto el hombre al sufrimiento, no hace mas que obedecer en alguna manera, á un movimiento instintivo, pero superior al de los demás seres, cuando busca á su alrededor un medio de alivio. Este movimiento, vago en un principio, y guiado por el azár, adquiere bien pronto, á causa de experiencias diariamente repetidas, alguna cósa de mas positivo. Hé aquí el arte de curar en su origen. Un empirismo grosero guia necesariamente sus pasos; esto no es todavía la ciencia.

Mas el instinto natural perfeccionado por la sublime inteligencia

del hombre, y los deseos nacidos de sus sufrimientos, no le permiten limitarse á estos primeros pasos. El dominio de los conocimientos esperimentales se agranda de dia en dia, y los hechos vienen bastante numerosos, para ser dispuestos arbitrariamente, sintiendose el deseo de referirlos á algunos principios generales ó leyes, naciendo de aquí el dogmatismo. Pero como hay muchas maneras de interpretar los hechos, y la capacidad de los doctos no tienen idéntico grado de fuerza, la masa de conocimientos adquiridos toman direcciones diversas; de aquí la

variedad de sistemas, pretendiendo todos dár la esplicacion de los hechos, y dár la ley, llevándolos á la unidad. Pero no se tarda en conocer que estos sistemas, sin ser completamente falsos, (por que si fuesen, no tendrian razón de ser), no hán levantado sino una parte del tupido velo, con que se nos ocultan las leyes misteriosas de la naturaleza. De aquí la idea de apropiarse lo que tienen de verdadero, abandonando lo que tienen de falso, es decir, el eclecticismo; de aquí tambien la vuelta al empirismo por los escépticos, mas disgustados de las divergencias y de los errores de los dogmáticos, que de las verdades que

hán podido poner en evidencia.

No es esto todo; al tomar su lugar entre las diferentes ramas de los conocimientos humanos, la medicina há sido sometida á la influencia de las consideraciones, sean generales, sean particulares, que imprimen al espiritu humano su marcha, acelerando ó retardando sus progresos. Es sobre todo la filosofia dominante la que obra sobre ella de tal manera, que no se tendrá mas que una idea mezquina y singularmente incompleta de la historia médica, si no nos aplicamos á inquirir en que relacion se encuentra esta historia

en todas las épocas, con la marcha general del espíritu humano, y en particular con la de las escuelas filosoficas, que hán sido su mas alta espresion.

Indicar el paralelismo estrecho en que se desenvuelven estas dos ciencias, como se penetran mútuamente, y reaccionan la una sobre la otra, es lo que me propongo mostrar en la segunda parte de este ensayo.

Es una cosa digna de notarse, que la medicina y la filosofia nazcan estrechamente unidas, en una misma época, en el mismo dia, por decirlo asi, en la Grecia, su madre comun,

la una del génio de Hipócrates, (460 años antes de J. C.), y la otra del de Sócrates (470 años antes de J. C.), y que esta alianza se perpetue durante los siglos, no entre los médicos vulgares, que olvidando la ciencia, no toman del arte mas que lo indispensable á la práctica, sino entre todos los médicos de algun valimiento, que han dejado un nombre en la historia.

Un empirismo informe: groseras supersticiones, hé aquí el arte de curar en su cuna. Los principales médios de curacion se encontraban en manos de los Sacerdotes. Las enfermedades

son la mayor parte de veces consi-
deradas como un efecto de la cólera
de los dioses. No obstante, los traba-
jos de los primeros filosofos refirien-
dose al cuerpo humano, dán de
su naturaleza y sus trastornos una
idea mas racional. Hacen salir
la medicina de los templos, y arran-
can á sus ministros el monopolio
del arte, haciendo un servicio señala-
do. Pero las teorias de estos filosofos,
no son mas que una deduccion mas
ó menos lógica de sus explicaciones
universales del mundo, é Hipócrates
reconoce bien pronto la necesidad
de separar la medicina de las es-
peculaciones hipotéticas de esta

filosofia cosmogónica, para esta-
blecerla sobre su verdadera base;
la observacion: de la misma ma-
nera Sócrates rechaza las vanas
teorias sobre los principios de las
cosas, y dando por punto de par-
tida á la filosofia la observación
del hombre mismo, la hace an-
tropólogica, de cosmológica que
era. De estos dos hombres datan
los verdaderos principios de la
ciencia que hán ilustrado. Si o
rechazando mas que la falsa
filosofia, y uniendo el razona-
miento á los hechos, el viejo de
Cós há podido ser considerado
como el padre del dogmatismo,

que la mayor parte de veces no se formula mas que en sistema, y no reciue su nombre, sino despues del naçimiento de la secta empiri-ca.

Como los discípulos de Sócrates, los sucesores de Hipócrates no son siempre fieles á los principios to-mados por este gran maestro. La mezcla de sus doctrinas con las de los filosofos, particularmente con las que Platon expone en el Timeo, alteran su espiritu y su pureza. La doctrina de los cuatro elemen-tos, de los cuatro humores cardi-nales, y de sus cualidades funda-mentales, doctrinas de las que se

encuentra yá el gérmen en Empédocles, discípulo de Pitágoras, pasa de la enseñanza de la academia á los escritos de los médicos, donde se perpetua de siglo en siglo, hasta la caida del galenismo.

Nótase en esta época á la filosofia desenvolverse bajo el doble punto de vista del sensualismo y del racionalismo, tendiendo cada vez mas á no reconocer sino los resultados de la experiencia mas limitada. El racionalismo platoniano, continuacion de la escuela Itálica, se marca por tendencias contrarias.

No admitiendo la existencia rea
sino á las ideas absolutas de la ra-
zón, mas satisfacen á los deseos que
tiene el hombre de salir de los feno-
menos contingentes, elevándose á la
razón última de las cosas.

Obedeciendo á las mismas tenden
cias, la medicina se desenvuelve por
su parte en una doble direccion, co-
rrespondiendo á la doble tendencia de
la filosofia; el empirismo que proce
de del sensualismo de los filosofos, y
el dogmatismo que se une al raciona
lismo; oposicion que se hace mas
marcada en los siglos siguientes.
Recordemos en algunas palabras
por que fases hán pasado el uno

y el otro.

Al antiguo dogmatismo trasmitido por los sucesores de Hipócrates, y que había continuado modelándose sobre la filosofía de Platon y de otras sectas filosóficas, sucede un dogmatismo nuevo, debido á la impulsión que comunican á la ciencia Herofilo y Erasistrato, fundando la anatomía humana; de aquí los primeros ensayos del solidismo y de un dogmatismo mas racional, buscando en los órganos mismos, las causas de los fenómenos que presentan.

Despues de Erasistrato,

Asclepiade de Prusa admite que todas las causas activas de las enfermedades, residen en los sólidos; y tomando de Demócrito y Epicuro el sistema de los átomos, i aplicandolo á la patologia, pretende que del movimiento regular ó irregulár de estos átomos, de sus proporciones ó desproporciones entre ellos, y con los poros que atraviesan, resulta el estado de salud ó de enfermedad.

En el primer siglo se dividen dos escuelas el imperio científico; la de los metódicos y los dogmáticos. La primera, cuyo principal representante es Tenison, abandona enteramente el estudio sobre las causas primeras

y sobre la esencia de los cuerpos, admitiendo en nuestros órganos la existencia de poros que, dilatándose ó estrechándose, dejan pasar las materias que deben retener, ó retienen las que deben dejar pasar; de aquí el strictum y el laxum, á los que se une una tercera clase el mistum, para las enfermedades que se muestran á la vez en los diferentes puntos de la economía, participando de la una y de la otra clase. La segunda renueva la opiniones de Erasistrato sobre el pneuma, y combinando esta teoria con la de las cualidades elementales, hacér caér la medicina en la

vaguedad de las causas primeras, y en las sutilezas de las escuelas filosóficas. En este sistema, al que todas las funciones de la economía están subordinadas, es facil reconocer la influencia de las teorias estóicas, tomadas ellas mismas de Heráclito de Efeso. Esta doctrina se sostiene poco, pero deja su traza en el galenismo.

Mucho antes de esta época, algunos médicos convencidos de la inutilidad de los esfuerzos de este método para constituir una teoria de la ciencia, y formados por los primeros escépticos (Pirrónicos) al espiritu de la crítica y del análisis,

habian seguido las huellas de la filosofia empírica, y pretendido que no puede fundarse la medicina sino sobre los datos de la experiencia. Tál es el origen de la Secta empírica, que antes de ser constituida como escuela, existia yá como método, y cuyos primeros gérmenes se encuentran quizá en la oposición de la escuela de Cnido con la de Cos, á pesár de la pretension de los empíricos en apoyarse sobre el nombre de Hipócrates. Reaccion moderada contra los abusos de las teorias, esta escuela traspasa bien pronto los límites de lo verdadero, y acaba

en sus estudios sobre los medicamentos, por degenerar en un empirismo tan ciego, que llega hasta á proscribir la anatomia y la fisiologia. Esta secta que conserva una gran preponderancia hasta los tiempos de Galeno, debe en parte su favór al escepticismo formulado por Sexto Empíricus, médico y filosofo, con mas rigor que se encuentra en sus antepasados.

A escepción de algunos trabajos notables de Celso, Aretéo y Dióscorides, la medicina entregada á las sectas mas diversas ó á un grosero empirismo, estaba amenazada de la anarquia mas completa, cuando aparece un hombre al que abocan, y en el que se resumen

todos los siglos precedentes. Despues de haber recorrido el círculo de las opiniones y sistemas, el espiritu humano debia recurrir al eclecticismo, que tiende á conciliarlos. El eclecticismo se constituye en efecto en el seno de la escuela de Alejandria, de donde nacen los esfuerzos de los primeros filósofos alejandrinos, para fundar las doctrinas orientales con Platon, y este último con Aristoteles. Las mismas tendencias nacen en medicina, con los mismos deseos. Galeno, renovando la tentativa de eclecticismo abortada entre las manos de Agatinus de Sparta, y de Archigeno de Apamea, acerca

todas las doctrinas: Aristóteles y Platon, Hipócrates y Temison, los humoristas y los solidistas; y de este sincretismo habilmente coordinado, pero erizado de sutilezas dialécticas, y de vistas puramente hipotéticas, resulta el galenismo, que reina sin rival durante trece siglos. Despues de Galeno, se encuentran todavia algunas tentativas de este género; pero mas son los compiladores, como Oribacio y Aecius, que los eclécticos propiamente dichos. De las antiguas doctrinas quedan pocas señales, si no es en Celio Aureliano, que permanece fiel al metodismo.

Pero del eclecticismo al escepticis-

—mo, no hay mas que un paso: la duda es un estado contra natura para el hombre; así es, que el eclé—ticismo neoplatónico se desborda bien pronto. El elemento griego se absorve en el elemento Oriental, y la filosofia alejandrina acaba por caér en un camino estraviado que le lanza por una pendien—te irresistible hacia las estrava—gancias del éxtasis y de la teurgia, hasta la época en que acaba por desaparecer completamente en las tinieblas de la barbárie. El favór que se une al nombre de Ga—leno, no puede preservar la me—dicina de la influencia funesta

de las doctrinas de Alejandria, y de las consecuencias á las que ellas conducen.

Las pretendidas ciencias ocultas, la mágia, la cábala, etc, usurpan su plaza. Con Alejandro de Tralles, y Pablo de Egina, muere en fin la medicina griega en el sétimo siglo, despues de una penosa y larga agonia.

Llegamos á la edad media. Caida entre las manos de los judios y de los monges, la medicina no fué en los primeros tiempos de la escolástica, en Occidente al menos, mas que un empirismo grosero y supersticioso. Todo el foco de la ciencia estaba en los árabes, los que no son, sino unos comentadores y traductores poco fieles de

Aristoteles y de Galeno. Cuando re-
laciones mas íntimas comienzan
á establecerse entre el Oriente y el Oc-
idente, y que el espiritu humano
se esfuerza en salir de las tinieblas
de la barbarie, toma por maestro
á Aristoteles. Tal es la sumision
ciega que inspira los escritos de este
filósofo, que no es permitido pensar
mas que por él. La medicina se
limita á comentar y extraer los
escritos de los árabes, á los que se
deben los primeros conocimientos.
Así se perpetuan bajo el impe-
rio esclusivo de la autoridad y
de la filosofia escolástica, el aris-
totelismo y el galeno-arabismo.

Este último prestandose maravillo-
-samente á las sutilezas dialécticas
de la época, se mezcla á los sueños
de los alquimistas y de los astrólogos,
á los sortilegios y á las discusiones
de las causas ocultas, que estaban
en el espiritu de aquellos tiempos.

La época del renacimiento debia
poner completamente fin á esta do-
-minacion intelectual. Los siglos
16 y 17 son testigos de la lucha de
la escolástica, en particular con-
-tra la filosofia platoniana que
excita el mas vivo entusiasmo, y
parece querer un momento suceder
al aristotelismo. Todas las doctrinas
antigüas son exhumadas, y enuen-

—tran intérpretes. Del estudio de los árabes, que no habian hecho mas que copiar la medicina griega desfigurándola, al de las fuentes mismas, no habia mas que un paso, franqueandose cuando el conocimiento de la lengua griega se hizo mas familiar, y que la imprenta pudo extender las obras maestras de la medicina antigua. Esta fué la señal de una revolucion, ó de una era nueva para esta ciencia, lo mismo que el conocimiento de los principales monumentos de la filosofia antigua, habia sido el franqueamiento de la filosofia

moderna. A imitacion de la anti-
-güedad, se adquiere una osadia de
pensamiento, que lleva á los filósofos
á las especulaciones mas exaltadas
del neoplatonismo, al gnotismo y la
cábala. Mézclanse á sistemas sérios,
ideas raras y extravagantes sobre las
leyes de la naturaleza, tomadas á las
seudo-ciencias mas en boga. De la
misma manera en medicina se
falsean la mayor parte de los tra-
-bajos emprendidos en esta época,
en una y otra ciencia. El espagi-
-rismo, la astrologia, la cábala y
el iluminismo infestan todas las
doctrinas. Los promovedores de este
movimiento filósofico, son al mismo

tiempo los del movimiento médico: Cardan; Campanella; Raimun-do Lulle, Arnaldo de Villanueva, Fludd, Paracelso y Van-Helmont.

Con todo, el tiempo no atesora inutilmente el caudal de los he-chos y de los conocimientos adquiri-dos: el nuevo vuelo del espíritu hu-mano se comunica á todas las ramas del arte de curar. La ciru-gía sale de su abatimiento; la anatomía descriptiva nace con los trabajos de los grandes anató-micos del Siglo 16; las doctrinas hipocráticas encuentran sábios intérpretes, y en fin, el inmortal descubrimiento de Servelo y de

Harvey, abre nuevas perspectivas á la ciencia.

Tocamos yá á los tiempos modernos. La ciencia se encuentra en posesion de todos los grandes monumentos de la antigüedad, pero le falta un instrumento, el método; Bacon y Descartes se lo llevan.

Aunque bajo este título pueden ser ámbos considerados como los verdaderos fundadores de la filosofia moderna, la influencia del primero sobre su siglo, es mucho menór que la del segundo. Lo primero, por que él método Baconiano no es aplicable primitivamente sino á las ciencias fisicas,

no comenzando á ser conocido y a-
-preciado hasta el siglo 18; y lo se-
-gundo, por que Descartes no se con-
-tenta con trazár un método, sino que
crea un vasto sistema, que egerce
una influencia tal sobre los mejo-
-res espiritus, que la historia cién
-tifica del siglo 17 se encuentra to-
-da entera en la del Cartesianismo,
desde Mallebranche y Spinosa, has-
-ta Leibnitz, que cierra la filosofia
cartesiana, con una tentativa de
conciliacion entre todos los sis-
-temas.

Créériase á primera vista,
que al que trazó el método de
observación en el mundo físico,

debia pertenecer necesariamente
la mayor influencia en las ciencias
médicas. Pero no sucede así; Bacon
como hemos dicho, fué casi ignorado
de su siglo, y solo por el intermedio
de la filosofia sensualista que le to-
ma por gefe, es por lo que la ciencia
de Hipócrates le conoce. Por otra
parte, la filosofia cartesiana, vasto
sistema que lo abraza todo, tenia
explicaciones prontas para los fe-
nómenos fisiológicos. Tal era la
variedad de sus cálculos, y la a-
bundancia de sus recursos, que
dió lugár á los tres grandes siste-
mas que dominan en medicina
en el siglo 17 y principios del 18;

el sistema chemiátrico de Silvius; el sistema iatro-mecánico de Borelli, y el animismo de Stahl, el cual, sufriendo algunas modificaciones, es el punto de partida de las doctrinas vitalistas de la escuela de Montpellier. Estos sistemas, llenos de errores, como la filosofía de que procedian, se sostuvieron poco tiempo.

En la misma época, Boerhaave asocia á las teorías mecánicas, base de su sistema, pero en el que no hace consistir la regla de las acciones vitales, las teorías químicas fundadas sobre la alteracion de los humores. Este sinere-

—tismo, que se sostiene largo tiempo para el arte, con el que estaba ligado en todas sus partes, y por la inmensa autoridad de su inventor, pudo satisfacer una época en que las ciencias matemáticas, físicas y químicas tomaban un nuevo vuelo, y habian conquistado un inmenso favór, pero el porvenir no le pertenece.

En oposicion con las teorias mecánicas y físicas que reinan en las doctrinas precedentes, se eleva el vitalismo nuevo, que separándose poco á poco de las doctrinas mas metafísicas que fisiológicas del animismo, y continuando el estudio del principio vital, no yá de una manera

abstracta, sino en sus efectos visi-
bles, hecha las bases del solidismo
moderno. Es facil reconocer aquí
la influencia del dogmatismo
Leibnitziano, que dotando á la
naturaleza de fuerzas propias,
debia conducir á buscár en el
organismo mismo, el princi-
pio de sus penómenos. Hoffman
relaciona todas las funciones del
cuerpo á los movimientos de la
fibra viviente, y todas las lesio-
nes á la alteracion del movi-
miento, que segun es muy fuer-
te ó muy debil, constituye el
espasmo ó la atonia, y de aquí
las diferentes clases de enferme-

dades. Este mecánico-dinamismo, que asemeja los fenómenos físicos á los de una máquina de un órden superior, produce la teoría nervoso-dinámica de Cullen, de donde se siguen las de la excitacion, tan en boga al fin del pasado siglo y principios de este. Estas teorias de un órden puramente abstracto en el Brownismo, pero combinadas con el vitalismo orgánico de Bordeu, con la doctrina fisiologica de Bichat, y en las escuelas italianas con las consideraciones de los tejidos, constituyen, en su mas alta expresion, la doctrina de las propiedades vitales.

Esto nos dá á conocer, que un nuevo elemento se há introduci-
-do en la ciencia. Al lado del movimiento puramente idealista propio de las escuelas Itálica, Eleática y Platónica, las que to-
-man el pensamiento como objeto principal de la análisis filosofi-
-ca, se vé desenvolver lentamente el movimiento sensualista, que tomando la naturaleza exterior por punto de partida, se une á las escuelas Jónica, Atomisti-
-ca y Peripatetica. Renovada por Bacon en los tiempos modernos, esta doctrina pasa por Hobbes y por Gassendi, llegando con

Loke y Condillac hasta el materialismo mas exagerado. Así cuando el sensualismo hubo destronado el cartesianismo, obtubo el favór de los observadores dedicados al estudio del hombre físico. De la misma manera que se creia erroneamente poder sacár toda la moral del tratado de las sensaciones, se debia á Fortiori pensar que la ciencia del hombre enfermo, estaba toda entera en los tratados de anatomia patológica; de aquí el organismo moderno, tal cual se encuentra en la doctrina de Broussais, y en el que el elemento anatómico absorbe el elemento vitál.

En cuanto á la medicina alemana, permaneció extraña, como su filosofia, al movimiento sensualista que marca la segunda mitad del siglo 18, y principios del actual. Cayendo en un extremo opuesto, toma de la filosofia de la naturaleza y de una metafisica nebulosa los sistemas mas ingeniosos que sólidos, contra los cuales lucha con ventaja el buén sentido de los médicos conservándose en gran número fieles á la verdadera observacion.

Por otra parte, una revolucion nueva se opera en este siglo en el espiritu filosofico. La

consideracion esclusiva de los fenó-
menos materiales, encerraba la
ciencia en un círculo muy estrecho
para que ella no intentara fran-
quearlo. Sin abandonar completa
mente el sensualismo del que toma
sus métodos de observacion, y sin en
tregarse á los excesos de un idealis-
mo especulativo sin aplicacion, y
que repugna á su buen sentido
práctico, la escuela moderna reco-
noce la necesidad de fundar la cien
cia médica en el estudio imparcial
de todos los hechos y de todos los sis-
temas. De aquí un vasto eclecticis-
mo que tiende cada vez mas á
unirse al gran movimiento carte-

—siano, que marcó con una gran elevacion de carácter el siglo 17.

Abandonado por la opinión pú—blica, el sensualismo no basta yá á las necesidades de la cien—cia contemporánea.

Bajo el imperio de esta reac—ción, se vé operar paralelamen—te en medicina la vuelta á las opiniones hipocráticas y al eclecticismo. Pero el eclecticismo no es mas que un método, y no un sistema. Asi, si bien ofrece una utilidad real en la práctica, favorece al mismo tiempo la desmembracion de las opiniones; el esparcimiento de

las ideas, y la ausencia de vistas comunes, lo que dá por resultado el escepticismo, y la anarquia en la ciencia. La medicina no puede inmovilizarse en el eclecticismo absorbido hoy por el empirismo racional, que cuenta con mayor numero de prácticos.

Las doctrinas panteistas que en Alemania, sobre todo hacen sentir yá su influencia en la medicina, parecen responder mejor á los ojos de sus partidarios, á la necesidad de unidad, que es el objeto supremo de las ciencias. Mas ellas no lo satisfacen sino sacrificando uno de los dos términos del problema

en lugar de operar la conciliacion.
Estas doctrinas son en efecto de
dos maneras; ó absorben el espíri-
tu en la materia, y es el caso
mas comun, de lo que resultan
las escuelas positivista y mate-
rialista; ó al contrario ellas ab-
sorben la materia en el espiritu, y
este panteismo idealista produce en
fisiologia el animismo moderno, á
los ojos del que, el principio vitál y
el principio pensante, no son mas
que uno.

Aquí nos volvemos á encontrar
en presencia de ese dualismo que
acompaña á la ciencia desde su cu-
na, y del que no es posible salir, sino

apoyándose en los sanos principios de la filosofia ortodoxa, teniendo presentes las cualidades psíquicas del hombre, que tanto le distinguen de los demás séres, y que influyen de una manera tan directa, sobre su modo de ser y sobre sus enfermedades.

Con lo que llevamos dicho creémos haber demostrado la unión obligada y la dependencia recíproca de la filosofia y la medicina. Sin duda alguna, las ventajas que esta unión há producido, compensan largamente sus inconvenientes: estos mismos inconvenientes deben ser considerados menos como el resultado de esta alianza, que como el producto de los sistemas

ó exageraciones de espíritus exclusi-
vos, en quienes los dogmas hán
dominado algunas veces á los prin-
cipios mismos de las ciencias.

Tambien hémos podido adver-
tir que la ciencia aun no há di-
cho su última palabra, y por lo
tanto, aunque enriquecidos con las
adquisiciones y descubrimientos
de los Sábios que fueron, es inmen-
so el camino que nos queda que
andár.

Los instintos y las necesidades
pueden creár muchas cosas útiles
con la ayuda de la experiencia.
Esto es un hecho de observacion com-
probado por la historia. Pero si

los instintos y los sentimientos no se trasforman, ó al menos, si la vida racional no se eleva un grado, apoyándose en las doctrinas de una sana filosofia, todo progreso se detiene. =

Hè dicho.

Miguel Silez

Madrid 22 Abril 1881.